

ca romana, después de haber dividido su ejército en tres columnas.

Las fuerzas enemigas, mandadas por el general Championet, se componían tan solo de diez mil franceses y de cinco mil polacos; parecían, pues, harto insuficientes para atacar á treinta y ocho mil napolitanos (1). En efecto, los franceses evacuaron á Roma y de ella se apoderó en 29 de noviembre el rey de Nápoles. Pero esto, además de las atrocidades que los rudos napolitanos cometieron contra los indefensos habitantes de Roma, fué lo único que se consiguió en aquella funesta campaña. Antes de que llegara á Roma la columna

principal, había comenzado la destrucción de las columnas pequeñas. En Terni una, compuesta de cuatro mil hombres, «se dejó hacer prisionera con toda la artillería de un modo tonto y desastroso por fuerzas muy inferiores,» según dice el propio Mack, y otra se dejó «copar,» en Rieti, por un pequeño destacamento francés. El general Metsch fué enviado, con fuerzas importantes, al auxilio de los que habían sido «copados;» pero fué completamente derrotado, lo propio que el grueso del ejército napolitano, al querer atacar en 4 de diciembre á Civita-Castellana, donde mandaba con gran prudencia el general Macdonald. La completa dispersión de su



Napoleon Bonaparte.—Copia de un retrato hecho por Andrea Appiani

ejército, debida á la astucia, á la deserción y la traición, indujo al general Mack á emprender la retirada (9 de diciembre). Al llegar á Nápoles, el pueblo estaba tan agitado que la corte no tuvo mas remedio que refugiarse con sus tesoros en el buque de Nelson, la *Vanguardia*, que condujo á la familia real y á la de Hamilton á Palermo.

El general Mack firmó, en 11 de enero de 1799, con Championet un armisticio, y poco después se encontró enfrente de un motin de los lazzaroni y de los labradores, que le amenazaban con la muerte, acusándole de traidor. Para salvar su vida vióse obligado, en 16 de enero, á refugiarse en el campamento de los franceses, los cuales declararon que con aquel motin se había quebrantado el armisticio y se dirigieron por el camino mas corto á Nápoles, cuyo castillo les en-

(1) Según relacion del propio Mack en su memoria inserta en Bivenot, pág. LXXXVIII.

tregó, en 22 de enero, el príncipe de Moliterno. El general Championet sostuvo todavía una sangrienta lucha por las calles y ejecutó una matanza de fanáticos lazzaroni, y después estableció, bajo la presidencia de Moliterno, un gobierno provisional por conducto del cual anunció que la monarquía quedaba suprimida y que era un hecho el renacimiento de Nápoles como República partenopea (24 de enero de 1799) (2).

Un mes antes se había consumado la catástrofe del reino de Cerdeña. Bajo el pretexto, no demostrado, de que el rey Carlos Manuel IV, que en 16 de octubre de 1796 había sucedido á su padre Víctor Amadeo III, estaba aliado con Austria y Nápoles, el general Joubert, al tener noticia del movimiento de los napolitanos, procedió al desarme del ejército piomontés en las plazas de Arona, Susa, Chivasso y Ale-

(2) Huffer, II, págs. 140-160. Sybel, V, págs. 226-236.

andría, y el mismo rey se vió en Turin amenazado, molestado y atormentado hasta que en 9 de diciembre de 1798 firmó su abdicación, si bien apenas llegó á Cagliari la declaró nula, por haber sido arrancada por la violencia.

En la misma semana en que se consumó en Italia esta doble revolución quedó firmada una alianza universal contra Francia. Esta vez Rusia no se mantuvo apartada, para pescar en río revuelto, sino que se mostró belicosa y se puso al frente del movimiento, cosa que nadie esperaba de la persona ni de los comienzos políticos del czar Pablo. Ya sabemos con qué dureza renunció, con gran asombro de la corte de Viena, á la política á que su madre, poco antes de su muerte (6 de noviembre de 1796), parecía haberse consagrado seriamente (1). Aquel monarca, que entonces contaba cuarenta y dos años (había nacido en 1.º de octubre de 1754) y que tan enérgicamente sabía defenderse contra toda influencia ajena á los intereses rusos, parecía un hombre de Estado frio y calculista, exento de toda ideología y de todo soñador romanticismo; y sin embargo aquel extraño hombre niño era un romántico lleno de las mas extravagantes fantasías. Siendo gran duque heredero había leído la historia de la orden de Malta, de Vertot, y le habían inspirado desde luego el mas ardiente entusiasmo las heroicidades de los caballeros de aquella orden. Así cuando fué emperador de todas las Rusias otorgó su favor á los sanjuanistas (2), dando de él desde enero de 1797 y en todas ocasiones, pruebas á los caballeros malteses. No solo dió á la orden una crecida indemnización por el priorato de Ostrog, que había perdido á consecuencia de los desórdenes ocurridos en Volinia, sino que consintió su establecimiento en Rusia y acogió con grandes distinciones al embajador de la orden en San Petersburgo, el baillío conde de Litta. Cuando en junio de 1798 Bonaparte se apoderó de Malta, obligando al gran maestre de la orden á rendirse ignominiosamente, el czar Pablo declaró que aceptaba la dirección suprema de aquellos caballeros huérfanos y traidoramente vendidos y prometió no solo ampararles en todos sus derechos sino tambien restablecerles en su antiguo esplendor. Posteriormente aceptó el título de gran maestre de la orden de San Juan é invitó, por medio de un altisonante manifiesto, á toda la nobleza de la cristiandad á que le ayudara á resucitar una orden de caballería «cuyas leyes y cuyos estatutos inculcaban el amor á la virtud, á la obediencia y á las buenas costumbres y ofrecían un poderoso auxilio para la lucha contra el ciego furor de las innovaciones y contra la desenfrenada libertad de pensamiento (3).» En julio, el príncipe Federico de Wurtemberg, que servía en el ejército austriaco, consiguió, por mediación de su hermana la zarina, que el czar prometiera enviar á Austria un ejército ruso de auxilio á las órdenes del general Rosenberg, poner otro ejército en la frontera prusiana y armar, con subsidios de Inglaterra, un tercer ejército (4). Rusia por tanto se presentó como la potencia directora de la nueva guerra universal que se preparaba contra Francia.

El ejército auxiliar ruso que, mandado por Rosenberg, se presentó en Austria en octubre de 1798, fué muy bien acogido por el ministro Thugut, que deseaba ardientemente su llegada porque desde hacia mucho tiempo consideraba inevitable la guerra, si bien no sentía la impaciencia que mostraban Rusia por un lado é Inglaterra por otro para acelerar el rompimiento con Francia, sin enterarse de la suerte de los

(1) Véase mas arriba.

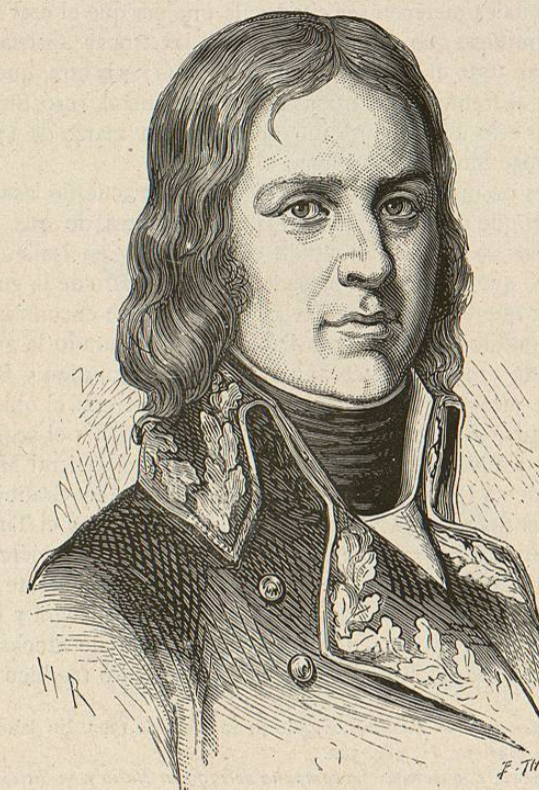
(2) *Aperçu des transactions politiques du Cabinet de Russie*, en el archivo (Sbornik) de la Sociedad histórica rusa. San Petersburgo, 1880, págs. 233-234.

(3) Gardien: *Histoire générale des traités de paix*, VI, pág. 144.

(4) Huffer, II, págs. 48-52.

que habían sucumbido ante los cañones del enemigo. Esta suerte había sido fatal para la corte de Nápoles, que tan insensatamente se había lanzado á la guerra, instigada por el gabinete inglés. El czar Pablo estaba tan incomodado por las vacilaciones de Thugut, que en 20 de diciembre de 1798 ordenó al príncipe de Rasmowsky que preguntara á la corte de Viena si quería ó no la guerra con Francia, añadiendo que toda respuesta evasiva seria considerada como una negativa y obligaría á Rusia á adoptar por sí sola contra Francia aquellas medidas que su dignidad y su seguridad exigían (5).

A esta pregunta contestó Thugut (6) al conde Rasmowsky en los siguientes términos: «Su Majestad está firmemente decidido á empuñar de nuevo las armas y á comenzar otra vez



El general Championet

las hostilidades en cuanto llegue la estación á propósito y tan luego como los aliados se hayan puesto de acuerdo para combinar sus operaciones, sin cuyo requisito no puede esperarse un buen resultado.» Además añadió, en nombre del emperador, la súplica apremiante de que el czar guardara reserva sobre esta declaración y no la confiara á ningun mortal, pues las negociaciones pendientes con Inglaterra y los preparativos de la guerra exigían el mas profundo secreto. Respecto de Inglaterra, no podía el Austria contraer obligación alguna mientras aquella persistiera en su empeño de no querer entregar sino bajo condiciones harto gravosas los subsidios en dinero á que tenía derecho el Austria. «La indiscreción y el egoismo del gabinete británico, decia, nos debe espantar tanto mas, cuanto que recientemente hemos visto á lord Grandville profetizar en pleno Parlamento la próxima ruina de la corte de Nápoles, probablemente para que el rey no tuviera mas remedio que cumplir la palabra que le había sido arrancada, acometiendo una empresa cuya precipitada ejecución lanzó á este príncipe desdichado al abismo de su

(5) Martens: *Recueil des traités et conventions*, San Petersburgo, 1875, II, pág. 362.

(6) Despacho á Cobenzl, de 24 de enero de 1799, inserto en la obra de Bivenot: *Para la historia del Congreso de Ra'adt*, pág. 279.

perdición y causó incalculables perjuicios á la causa común de las potencias sensatas.» Además, Francia, en su concepto, debía ignorar hasta el último momento los acuerdos definitivos de los aliados. «En realidad, ¿qué calificativo merecería avisar anticipadamente al enemigo los golpes que contra él se quieren asestar y hacer esto precisamente en un momento en que la estación del año hace materialmente imposible toda empresa que se intente en el futuro teatro de la guerra? ¿No sería esto agujinear al Directorio para que se preparase con mayor actividad y electrizara á aquellos cuya oposición á nuevas guerras, por lo menos hasta la sublevación de Nápoles, ha sido un obstáculo para que pudiese reunir todas sus fuerzas?»

Thugut, teniendo en cuenta la inminencia de la guerra, hizo que á esta declaración siguieran algunas peticiones, dos de las cuales merecen ser citadas: la una era que el czar Pablo permitiese que durante la guerra las tropas austriacas ocuparan todo el principado de Baviera (1); y la otra, que se pusiera al frente de las tropas aliadas el general ruso Suwaroff. En esto último consintió el czar, y en marzo de 1799 presentóse Suwaroff en Viena.

Antes de que los aliados se pusieran de acuerdo acerca del plan que debía seguirse en la guerra; antes de que los austriacos se hubiesen reunido en el Tirol y en Italia (2); antes de que los rusos se presentasen en el teatro de la guerra, y de que los generales Melas y Suwaroff se encontrasen en sus puestos, los franceses habían ya inaugurado la gran guerra de 1799. En efecto, en 1.º de marzo, Jourdan y Bernadotte atravesaron el Rin por Mannheim con el objeto de dirigirse el primero á la Selva Negra y de poner el segundo sitio á Philippsburgo. El día 6 de marzo, el general Masena atacó á los austriacos del general Hotze en Graubünden, y el día 7 los hizo retirarse hácia Vorarlberg y el Tirol. En cambio el archiduque Carlos puso en aprieto al ejército de Jourdan, arrojándolo de Suabia despues del combate de Ostrach (21 de marzo), lanzándole de la Selva Negra y haciéndole pasar el Rin despues de la batalla de Stockach (25 de marzo) (3). Entonces Bernadotte se retiró también de

(1) Memoria de Rasumovsky, de 10 de enero de 1799. En la obra citada de Martens, II, pág. 362.

(2) Véase Clausewitz: *La campaña de 1799 en Italia y en Suiza*, I, (obras póstumas, V), pág. 14: «La espada del condestable fué representada por la pluma del consejo de guerra áulico, en cuya bandera figuraba como lema la pereza.»

(3) El archiduque hubiera podido destruir, con sus 92,000 hombres, á los 40,000 que componían el ejército de Jourdan. ¿Por qué no lo hizo? Clausewitz dice con razón, en la obra citada, págs. 153-154, despues de estudiar los actos del archiduque en los: *Principios fundamentales de estrategia* y en la: *Historia de la campaña de 1799* (Viena, 1819): «En primer lugar faltábale espíritu emprendedor y sed de victoria, y en segundo lugar, á pesar de su buen juicio, se había formado una falsa idea de la estrategia. En efecto, tomaba el medio por el fin y el fin por el medio. La destrucción de las fuerzas enemigas, que es el fin á que debe tender todo en la guerra, no la consideraba él como objeto especial sino como un medio para arrojar al enemigo de este ó de aquel punto. En cambio el éxito consistía para él única y exclusivamente en apoderarse de ciertas líneas ó comarcas, lo cual solo puede considerarse como un medio para la victoria, es decir, para la destrucción de las fuerzas físicas y morales del enemigo. Hasta qué punto eran estas falsas ideas las que dominaban en el archiduque, se demuestra por el hecho de que en ninguna de sus victorias, tales como las de Amberg, Wurzburg, Stockach y Caldiero, sufrió el enemigo grandes pérdidas en prisioneros ni en cañones, de suerte que todas ellas fueron victorias sin trofeos; y todavía se demuestra mas por el hecho de no insistir el archiduque en la relación de las pérdidas por el enemigo sufridas. Las consecuencias de estas ideas equivocadas fueron que el archiduque no solo se cuidaba poco de dar el golpe propiamente dicho, sino que ocupado constantemente en combinaciones de tiempo y de lugar y en la dirección de caminos, ríos y alturas, daba á estas cosas, aun en sus mas pequeños detalles, un valor que á lo sumo podía darse á los detalles importantes y olvidaba que los pequeños obstáculos de esta clase fácilmente se vencen y que las pequeñas pérdidas son de fácil remedio.»

Philippsburgo, de suerte que los franceses no conservaron, á la derecha del Rin, mas posesiones que las de Mannheim y Heidelberg.

En marzo comenzó de nuevo la guerra en Italia. Los franceses del general Scherer, en 26 de este mes, atacaron á los austriacos del general Kray en Pastrengo, Verona y Legnago, y fueron despues derrotados en el importante combate de Barona (30 de marzo) y en el de Magnano (5 de abril), lo cual les obligó á retirarse y á pasar el Adda. De suerte que hacia muchas semanas que la guerra había estallado á uno y otro lado de los Alpes, cuando todavía estaba reunido en Rastadt un congreso de paz, cuyos miembros, serenos en medio de aquellas luchas sangrientas, debieron de mirarse mutuamente como los augures de Cicerón.

Que los embajadores de la República francesa, Juan Debry, Roberjot y Bonnier, mientras se lo permitiera la ficción del sacro romano imperio, soportaran el estar en paz con el jefe del imperio, con quien al mismo tiempo estaban en guerra como rey de sus Estados hereditarios, se comprende perfectamente, pues las maquinaciones con los Estados imperiales del Sur de Alemania, especialmente con el electorado de Baviera, convenían entonces mas que nunca á su política nacional, la cual era siempre la misma con todas las Constituciones ó volvía á serlo despues de algunas cortas intermitencias. También se comprende que el Austria, aunque hubiese de renunciar á declarar la guerra por cuenta del imperio, no quisiera permitir tales manejos en el territorio ocupado por sus ejércitos; lo que no se comprende es cómo podía deshacerse de los intrusos sin violar el derecho de gentes. Sobre este punto no existía acuerdo ni siquiera negociación para llegar á él entre la dirección política y la dirección militar del Austria. Lo mas sencillo y razonado hubiera sido disolver el Congreso en virtud de acuerdo tomado por los delegados imperiales; pero no podía tomarse este acuerdo sin la cooperación de Prusia y los Estados de ella dependientes, y toda inteligencia sobre el particular con la Prusia había necesariamente de fracasar (4). Lo menos que, por parte de los austriacos podía y debía suceder era que la retirada de sus plenipotenciarios fuera acompañada ó seguida de una declaración solemne y formal en virtud de la cual, á partir de un día determinado, dejarían de ser respetadas la neutralidad del lugar en que se celebraba el Congreso y la inviolabilidad de los representantes que de él formaran parte. Esta declaración era un deber respecto de los Estados del Sur de Alemania, pues el nuevo príncipe elector de Baviera, Maximiliano José de Dos Puentes, que en 16 de febrero de 1799 había sucedido al príncipe Carlos Teodoro, había hecho declarar en París, apenas entronizado, que su adhesión á la República era inquebrantable, que seguiría siéndolo aun cuando hubiera de acomodar exteriormente su conducta á las circunstancias de tiempo; que se esforzaria por conseguir la neutralidad del imperio y que contaba con el auxilio de Francia para obtener compensaciones en Alemania. Análogas declaraciones habían hecho en Rastadt el representante de Hesse-Darmstadt y Albini, el de Maguncia (5). Al propio tiempo, el conde Lehrbach se había ausentado en 11 de marzo de Rastadt sin despedirse ni hacer declaración alguna, lo cual podía explicarse teniendo en cuenta que había representado al emperador únicamente como archiduque de Austria, mientras que el conde Francisco Jorge Carlos de Metternich-Winneburg era el verdadero «plenipotenciario» del emperador como emperador. Pero también Metternich se marchó el día 13 de abril, manifestando únicamente que ha-

(4) Huffer, II, pág. 278.

(5) Huffer, II, pág. 291.

bia sido llamado porque, una vez roto el armisticio y declarada de hecho la guerra, estaban amenazadas la seguridad del Congreso y la inviolabilidad de la correspondencia (1). De modo que no se hizo por nadie una declaración de carácter general, como se requería. Desde aquel momento, y desde que, en 10 de abril, penetraron los primeros húsares austriacos en el valle del Murg, no ocurrieron mas que actos militares (2). La expulsión de los agentes franceses de las capitales del Sur de Alemania fué un deber natural que tuvo que cumplir en ellas el archiduque Carlos al marchar contra Jourdan, que tenía por agentes á Alquier en Munich, Bacher en Ratisbona y Trouvé en Stuttgart. Los dos primeros recibieron del jefe del ejército austriaco, en 10 y 11 de marzo, la intimación de salir inmediatamente de aquellas ciudades, lo cual hicieron; mas para que el ciudadano Trouvé saliera, en 16 de abril, de Stuttgart, fué necesario que una división de la vanguardia austriaca avanzara hasta la ciudad, y que un oficial, especialmente comisionado por el general Kospoth, se dirigiera al mismo duque con las oportunas instrucciones. Los tres embajadores que la República tenía en Rastadt no debían esperar distinta suerte de la que habían sufrido estos tres agentes, el día en que Rastadt cayera en poder del archiduque Carlos. Comprendiéndolo así, pidieron ser llamados desde París, pero el ministro Talleyrand les manifestó, primero por telégrafo (8 de abril) y luego por carta (10 de abril), que solo debían ceder ante la violencia; que Francia no reconocía en el emperador el derecho de disolver por sí solo el Congreso y la diputación, y que si ocurrían humillaciones como las de Munich y de Ratisbona, el daño sería para el que las causara. «Os repito que debéis permanecer en Rastadt hasta el último momento y no salir de allí sin formular la oportuna protesta (3).» De suerte que solo debían ceder ante la amenaza de abierta violencia, y como esta amenaza no se produjo en toda forma, los embajadores franceses permanecieron en Rastadt. El coronel del regimiento de húsares de Szekler, que se encontraba en el valle del Murg, se llamaba Barbaczy y había establecido su cuartel general en Gernsbach, cerca de Rastadt. Este coronel recibía sus órdenes del general Görger, que estaba en Frenndstadt; este del teniente feld-mariscal baron Kospoth, que se hallaba en Rottweil, y este, á su vez, del cuartel general del archiduque Carlos. El día 22 de abril ordenó Barbaczy á uno de sus oficiales que con un corneta y tres soldados se dirigiera al patio del castillo de Rastadt y entregara al «directorial» baron d'Albini una carta en que le decía que dadas las circunstancias de la guerra, en medio de las cuales la seguridad de los propios militares exigía el establecimiento de patrullas dentro y alrededor de Rastadt, no podía garantizar la seguridad del cuerpo diplomático, tanto menos, cuanto que la ciudad, desde el llamamiento del plenipotenciario imperial, no podía ser considerada como lugar de Congreso. Despues de esto añadía que, por lo demás, los militares austriacos, á menos de no ocurrir un caso de guerra necesario, tendrían por sagrado el deber de respetar la inviolabilidad personal. Para los alemanes fué tan claro este lenguaje que, á propues-

(1) Huffer, II, pág. 298.

(2) Huffer dice con razón: «Solo de grave falta política puede calificarse el que los húsares austriacos tuvieran que enseñar á los diplomáticos de Rastadt, que esta ciudad no sería en lo sucesivo considerada por el emperador como lugar de Congreso (II, pág. 305).» En la última declaración que hizo Metternich á la diputación de paz, habló únicamente de haber sido él llamado, no de haber sido llamados los delegados ni disuelto el Congreso, y en su nota de despedida á los franceses solo había dicho: «Desde el momento en que cesa la neutralidad del Congreso, los ministros franceses no permanecerán probablemente por mas tiempo en esta ciudad.» Huffer, II, pág. 306.

(3) Huffer, II, pág. 309.

ta de Albini, los diputados que aun no se habían marchado acordaron, en 23 de abril, y despues de hacer las mayores protestas de amistad á los franceses, suspender las sesiones y prepararse para emprender el viaje de regreso. Los franceses siguieron por entonces dudando si había llegado el caso «supremo» que les permitiera retirarse; pero el día 25 enviaron á los diputados presentes todavía una nota en la cual protestaban contra la violación del derecho de gentes y anunciaban su partida para el 28 de abril. En la mañana de este día, ocho coches de viaje completamente llenos se encontraban en el patio del palacio. Los delegados se dejaron vencer por Albini de la conveniencia de aplazar la marcha hasta despues de haber obtenido de Barbaczy la ratificación



Bonnier

de la promesa que garantizara la seguridad de los embajadores, que el día antes había ofrecido. Pero transcurrían las horas sin que llegara la esperada contestación de Gernsbach, hasta que por fin á las siete de la tarde se presentó un oficial con una carta del coronel en la cual se daba á los embajadores un plazo de veinticuatro horas para salir de la ciudad y de los territorios ocupados por el ejército, lamentándose al propio tiempo de que hubiesen desconfiado tanto de que fuese respetada su inviolabilidad personal. La carta del coronel obedecía á una orden dada, en 25 de abril, por el archiduque en la que se mandaba expulsar á todos los ciudadanos franceses, y especialmente á estos embajadores, de las comarcas por el ejército ocupadas.

Barbaczy recibió además una misión secreta. En los libros del protocolo del archivo de guerra austriaco, que Sybel fué el primero en estudiar, se encontraron dos documentos importantes, uno de los cuales es el extracto de una memoria del coronel Barbaczy, y en él se dice: «18 de abril. El coronel Barbaczy al general Görger. Refiere lo que ha hecho y hará en lo sucesivo, á consecuencia de su misión secreta referente á los embajadores franceses que se preparaban á partir. Al propio tiempo, pregunta si han de ser tratadas como enemigas las tropas de Baden que forman la escolta de estos embajadores.»